

VIENA: DIALOGO IMPOSIBLE

TECNOLOGIA PARA EL DESARROLLO

El difícil diálogo en materia tecnológica y científica entre países desarrollados y en vías de desarrollo de cara a un más justo reparto de riquezas a nivel mundial, reunió en Viena a delegados de los gobiernos de todo el mundo. Destacado en Viena, Mario Albornoz, periodista con quien esperamos contar en el futuro, nos informa de lo que allí sucedió.

EL 31 de agosto se clausuraba en Viena la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Ciencia y Tecnología para el Desarrollo. Con ella terminaba un decenio de grandes asambleas monográficas convocadas por el organismo internacional. Decenio en el cual se pretendió, no sin triunfalismo, superar la división de la humanidad en "mundos" y elaborar un nuevo sistema de relaciones económicas.

En 1972, en la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, realizada en Estocolmo, se lanzó la consigna "Un solo mundo". Dos años más tarde, en la Asamblea General de la ONU, periodo extraordinario, se votó a favor del establecimiento de un nuevo orden económico internacional.

Con la reunión de Viena se cierra la década y ya no es tan fácil detectar el optimismo de antaño. Una publicación diaria que acompañó las reuniones de la Asamblea de la Ciencia y la Tecnología titulaba en la jornada final: "No está más cerca el mundo único". Días más tarde, en la reunión de los no alineados, el secretario general de las Naciones Unidas manifestaba su desaliento al comprobar que el "nuevo orden económico internacional" tampoco está en marcha.

La Conferencia de Viena había

despertado enormes expectativas en todo el mundo. Una prueba de ello fue el hecho de que, simultáneamente a la reunión oficial, una serie de "organizaciones no gubernamentales", que incluían desde Universidades has-

arrollo de los pueblos más postergados.

El primer encuentro se llevó a cabo en Ginebra en 1963. Montañas de documentos son la herencia de aquella reunión, en la cual tuvieron clara he-

• "Ni nuevo orden económico, ni mundo único... solo unos cientos de millones de dólares."

ta el Consejo Mundial de Iglesias, convocaron —también en Viena— un encuentro que quiso tener ciertos visos de contestación. Tampoco los "no gubernamentales" consiguieron producir resultados de interés y su encuentro se perdió en discusiones estériles, sin alcanzar ningún acuerdo.

Es preciso aclarar que la de Viena fue, en realidad, la segunda reunión que la ONU convocó para analizar el aporte que la ciencia y la tecnología deberían realizar al proceso de des-





De izquierda a derecha: el Presidente austriaco, Rudolf Kirchschläger; el secretario general de la ONU, Kurt Waldheim; el canciller, Bruno Kreisky, y el ministro de Finanzas, Hannes Androsch.

gemonía los científicos de los países desarrollados. Incluso se aprobó un Plan de Acción Mundial, publicado en 1971, que no se pudo llevar a la práctica por falta de apoyo político. Las cosas habían cambiado en la arena internacional.

EL GRUPO DE LOS SETENTA Y SIETE

Cuando en 1976 se aprobó la realización de una nueva conferencia, se inició un largo y trabajoso período preparatorio, durante el cual se multiplicaron los encuentros y reuniones en todo el mundo. Esta vez, sin embargo, los países en desarrollo habían constituido el "grupo de los setenta y siete", que supo actuar con total inte-

gración y coherencia, a pesar de otras diferencias políticas que podían separarlos. El resultado de este proceso fue un documento, el "Proyecto de programa de acción", que contenía el resumen de los acuerdos y desacuerdos alcanzados en la fase preparatoria.

El "Proyecto de programa de acción" es un documento de insípida pero recomendable lectura. Es, en realidad, una amalgama de todas las fórmulas y recetas que, con cliché, recomiendan los "expertos" internacionales. Contiene algunos temas de interés, como el relativo a un sistema internacional de información científica. Fueron tres los aspectos que concitaron la atención de los delegados y alrededor de los cuales se montó

de las patentes, facilitar el acceso a las tecnologías necesarias para los países en desarrollo, etc. No se pudo alcanzar sobre este punto más acuerdo que remitir el tema a una próxima reunión sobre la elaboración de un código de conducta para la transferencia de tecnología.

Con respecto a los recursos financieros, el grupo de los setenta y siete comenzó exigiendo que la meta anual debería llegar, por lo menos, a 2.000 millones de dólares en 1985, con el objetivo de elevarla a, por lo menos, 4.000 millones para 1990. Ante la dureza de la posición de los países desarrollados, durante la reunión los setenta y siete rebajaron su exigencia mínima a 500 millones. Los desarrollados, en un regateo, ofrecían la mitad, 250. Finalmente se llegó a un acuerdo intermedio mediante un sistema de contribuciones fijas y voluntarias. Un dato para medir el éxito o fracaso de este acuerdo: la organización de la Conferencia costó cincuenta millones de dólares.

¿Quién administraría los fondos? Aquí la discusión superó la sutileza de la antigua escolástica. Los setenta y siete pedían la constitución de un comité intergubernamental, en el cual todos los estados fueran miembros de pleno derecho. Este comité informaría sólo a la Asamblea General de las Naciones Unidas. Estados Unidos no aceptaba esta propuesta; se inclinaba por mantener los organismos y comités preexistentes. Finalmente se llegó a una solución intermedia, más parecida a la propuesta de los setenta y siete. Los delegados estaban cansados y satisfechos. El mérito correspondió en gran medida a los funcionarios de la ONU, verdaderos expertos en el arte de lo posible en una negociación. Claro que los funcionarios de la ONU llevaban su parte: ellos se quedarían con la secretaría del nuevo comité y administrarían el fondo.

• "El Plan de acción Mundial de 1971 no se pudo llevar a la práctica por falta de apoyo político."

la gigantesca telaraña de la negociación. Estos fueron: la transferencia de tecnología, la creación de un fondo para financiar la aplicación de la ciencia y tecnología al desarrollo y, finalmente, la naturaleza del organismo que administraría dichos fondos. Poca tela, como se ve, para lograr un cambio en la estructura internacional de la ciencia y la tecnología.

Con respecto a la transferencia de tecnología, el grupo de los setenta y siete planteó diversas medidas tendentes a limitar el período de protección



LOS RESULTADOS

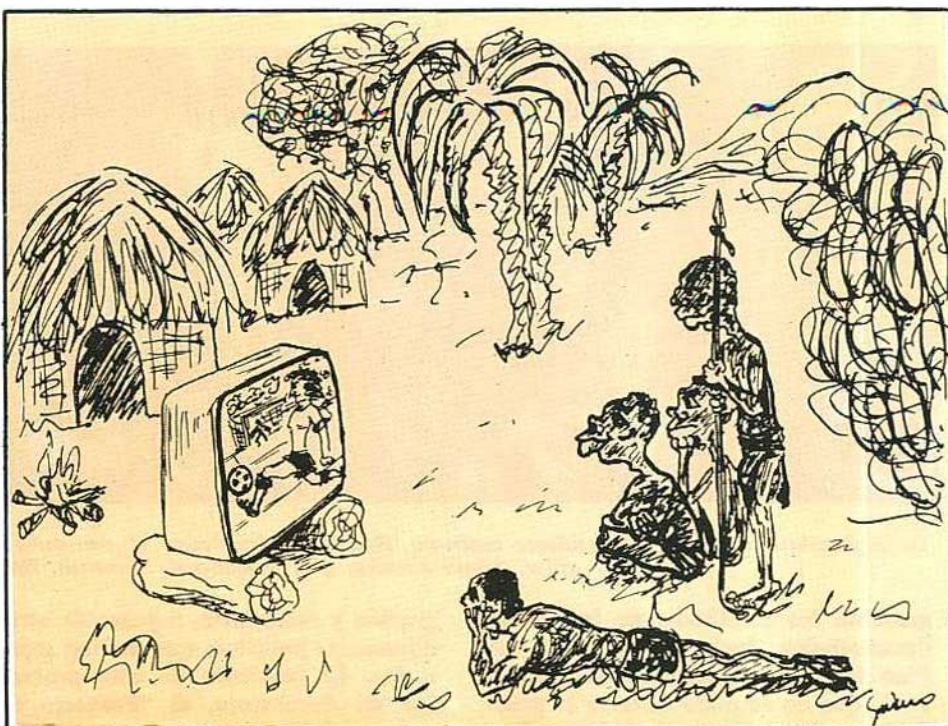
¿Victoria? ¿Derrota? ¿Cómo evaluar estos resultados?

Desde un punto de vista global, la Conferencia se parece al parto de los montes. Ni nuevo orden económico, ni mundo único...; sólo unos cientos de millones de dólares. Sin embargo, ¿era lícito esperar algo más trascendente?

Lo ocurrido con el problema de la transferencia de tecnología muestra los límites de este tipo de reuniones. Lo único decidido fue despachar el tema para una próxima reunión, que lo postergará para otra, y así indefinidamente. Es que, en realidad, la tecnología, cuya transferencia interesa liberalizar, por una parte, y controlar, por otra, no es propiedad de los gobiernos. Pertenecen a las grandes corporaciones transnacionales, y ellas no estaban sentadas en la reunión.

Ni la vinculación de la ciencia con la carrera armamentista, ni los grandes problemas de la contaminación o el hambre pueden ser resueltos en reuniones de este tipo. La trama de los intereses creados es más fuerte que el gran "show" de las conferencias internacionales.

Quienes esperaban un nuevo rumbo para la ciencia se han visto defraudados. Sin embargo, muchos lúcidos representantes de países en desarrollo estaban satisfechos. Ellos no esperaban milagros. Consideraban que se había dado una batalla y que el resultado no era despreciable. Se había conseguido una unidad de acción ponderable en el grupo de los setenta y siete. Se había producido un enfrentamiento global con las posiciones de los más fuertes y se habían obtenido algunas —aunque pocas— concesiones. Pero, sobre todo, se había proyectado la luz de la atención internacional sobre el tema, y de ahora en más sería la propia Asamblea General de las Naciones Unidas la que



examinará anualmente el cumplimiento de los planes aprobados.

Esta actitud pragmática es, seguramente, más adecuada a la realidad que

• **"La tecnología cuya transferencia interesa controlar no es propiedad de los gobiernos: pertenece a las grandes multinacionales."**

la esperanza en los grandes planes. El nuevo orden económico internacional y el "mundo único", ¿serán algo más que utopías?

PARTICIPACION ESPAÑOLA

Dos palabras respecto a la participación española en la Conferencia. En lo formal, la delegación estaba presidida por el ministro de Universidades e Investigación, González Seara. Los miembros de la delegación no eran las mismas personas que participaron en la fase preparatoria ni en la redacción del documento oficial español. Esta referencia tiene sólo valor anecdótico. En el fondo de la cuestión, la delegación española se enfrentó con el gran dilema de no saber con quién alinearse; el problema no era fácil, ya que las posiciones estaban demasiado polarizadas. Por una parte, los setenta y siete; por otra, los Estados Unidos. Solamente había lugar para un mediador, y este papel lo desempeñaba la CEE.

España, con idénticos problemas a los países en desarrollo más avanzados, como Brasil, México, Argentina, tuvo pudor de quedar agrupada con los setenta y siete, cosa que políticamente no le interesaba. Tampoco es miembro del club de los desarrollados, en lo que a ciencia y tecnología se refiere.

El problema era difícil, hay que reconocerlo. La delegación española no lo supo resolver y su presencia transcurrió más bien anodina. Su intervención más destacable arrojó para algunos la sombra de la duda. Propuso que se distinguiera, dentro de los setenta y siete, entre países en desarrollo más avanzado y más retrasado. En buena lógica, la propuesta es impecable. En la lógica de las negociaciones alguien pudo pensar que se pretendía introducir una cuña dentro del grupo de los setenta y siete.



Vista parcial de los delegados a la Conferencia.